

rencias entre Europa y América de las que hasta ahora tienen que ver con el hecho de que crecí en una Europa sin televisión, sin descrebidos espectáculos de masas.

—En los dos libros hay una carencia de progenitor. En *En brazos...* es el padre. En el millonario es la madre.

—Todo lo que he escrito envuelve un sentimiento de pérdida.

—Esta pérdida, en sus libros, les sirve a los protagonistas para ser más libres.

—Ellos lo consiguen. Pero la pérdida puede ser traumática. Mis libros tratan de personas que transforman un sentimiento de pérdida en una potenciación de la libertad; no quiero elogiar la pérdida como tal.

HOMBRES JOVENES, MUJERES MADURAS

—El protagonista de *En brazos de la mujer madura* empieza sus recuerdos con esta sentencia: *Este libro está dirigido a los hombres jóvenes y dedicado a las mujeres maduras, y la relación entre unos y otros es mi propuesta. ¿Escribiría lo mismo hoy?*

—Sí. Pienso que las relaciones entre hombres jóvenes y mujeres maduras son un "sine qua non" en una sociedad civilizada. El contacto entre generaciones necesita también el vínculo de la pasión. Pero en el libro se da también el hecho de que el protagonista, ya hombre mayor y lector universitario, está tratando de pasar a sus estudiantes sus experiencias. Es la idea de ver a la generación precedente no como un enemigo, sino como alguien favorable. Para conseguir una civilización sana, cada generación debe tener una idea muy clara y bien asumida, un sentido muy agudo de las experiencias de la anterior.

—El sentido de la transmisión del saber.

—Sí, la continuidad. Por eso, me siento satisfecho de que algunos valientes profesores de enseñanza secundaria norteamericana peticionaran *En brazos de la mujer madura* como lectura obligatoria en sus cursos.

—Cuando el libro apareció se tomó como una provocación.

—Nunca supe lo que era ser odiado hasta su publicación. Hubo auténticas campañas en mi contra. En una gira de promoción, yo que fui ser enterro por el "Billboard" y "Sun", y cuando llegué al edificio "Sun" con mi agente literario, el portero nos puso de patitas en la calle, diciendo que el editor había decidido que una persona como yo no debía entrar en aquella casa. Me fue más difícil aceptar insultos de este estilo que la prohibición de mis obras en Hungría.

—Por qué se prohibieron en Hungría sus obras?

—Porque todas ellas tenían ese sentimiento de pérdida al que usted alude. Y porque describían vidas trágicas, por lo tanto, yo era



un individualista burgués que sólo hablaba de lo negativo e ignoraba lo feliz que es la gente bajo el socialismo.

—Su idea de transmisión de saber a través del sexo resulta como muy mediterránea, muy hedonista. Quizás fue eso lo que chocó en EE.UU., un país al fin y al cabo de tradición calvinista.

—Essey completamente de acuerdo. La tradición calvinista asocia el sexo con el Mal, con la culpa. Y yo intentaba narrar "el canto de todos los sentidos" que puede ser el

"Las relaciones entre hombres jóvenes y mujeres maduras son el "sine qua non" de una sociedad civilizada"

sexo. La frase es de *Un millonario inocente*, pero creo que describe mi primera novela. Por la época en que *En brazos de la mujer madura* era despedazada (o ignorada, lo que todavía es más mortífero) por los críticos americanos, estos se dedicaban a dialogar al marqués de Sade. Lo que no podían tolerar en mi novela era el sexo con espíritu de fiesta. No supe lo que significaba ser

católico hasta que fui a América. Es decir, no supe lo que significaba ser un católico europeo. Existen millones de católicos en los Estados Unidos, pero en realidad también son calvinistas.

—¿Y qué significa ser un católico europeo en América?

—Llegar a América me hizo comprender lo importante que había sido crecer escuchando historias de mártires, hasta el punto que desde muy temprana edad consideras que estar solo entre paganos tiene un tim-

bre de gloria. En América, en cambio, la aprobación de la opinión pública constituye la principal prueba de virtud. Otra cosa de la que me di cuenta allí fue lo importante que había resultado en mi vida educarme con los benedictinos, quienes me enseñaron desde la escuela que estar alegre, divertirse, era algo grato a Dios. Hasta que crucé el Atlántico, yo pensaba que todo el

mundo compartiría este sentimiento. He tenido problemas con la teología católica, pero creo que sus enseñanzas sobre la vida son muy saludables. La Sagrada Familia, el niño recién nacido como salvador del mundo... El amor, la adoración de los niños es algo muy católico, y también algo muy bueno. Y además está San Francisco hablando a los pájaros, haciéndose amigo de los lobos: un auténtico Santo Patrón para los Verdes.

—¿Cree que las relaciones entre hombres jóvenes y mujeres maduras pueden llegar a consolidarse, genéricamente? ¿O agotan su sentido como ritos de iniciación?

—Claramente, pueden consolidarse. No hay una regla general. Depende de los individuos. Yo me he encontrado matrimonios felices—marido joven, mujer mayor—que me han venido a explicar cómo *En brazos de la mujer madura* cambió sus vidas, y que decidieron casarse después de leer el libro. Un dato fundamental a tener en cuenta es hasta qué punto es inteligente el hombre joven. Entre las cosas que yo intentaba poner de manifiesto en la novela figura lo muy relacionados que están inteligencia y sexo.

—¿Y la biología?

—Estas relaciones son ideales para crecer, para formarse. Luego depende de la diferencia de edad. Si el chico tiene dieciséis y la mujer cuarenta, resulta factibles, pero no tanto si el chico tiene veintiséis y la mujer cincuenta. Sin embargo, hasta eso va dejando de ser problema gracias a las píldoras hormonales y a las inyecciones de hormonas.

Un crítico vienés escribió que "las mujeres amadas por Andreas Vada no necesitan inyecciones hormonales". El comentario me gustó no sólo porque sugería que mi protagonis-

"En dos años, o en Hungría hay una democracia occidental, o estallará una nueva revolución"

nista era un personaje vivo, sino también porque aludía a la existencia de la terapia de renovación hormonal. Es algo sobre lo que debería haberse hablado mucho más, hasta que todas las mujeres la conciernan. Gracias a ella es posible mantenerse joven, en cuerpo y en espíritu, hasta una edad muy superior a la que la mayoría de la gente cree. Al final, por supuesto, la biología tiene la última palabra y todos los organismos, suponiendo que no muramos antes.

—A la inversa, ¿propone la misma hipótesis? ¿Chicas jóvenes con hombres maduros?

—Bueno, creo que una chica de 18 años siempre estará mejor con un hombre de 30 que con un chico de 18. En cuanto a los hombres de 50 ó 60, Molière decidió grandes comedias al tema. La novela que escribí en esos momentos trata de un hombre mayor y una chica joven que viven juntos

y felices, pero en circunstancias bastante extraordinarias. Está inspirada en la figura de Dada Chiesa, tan brillante, valiente e incorruptible general de la policía italiana, de 61 años, que fue asesinado por la Mafia junto a su joven esposa. Según todas las referencias era muy felices, pero vivían a sabiendas de que podían ser asesinados cualquier día. La proximidad de la muerte instala a todo el mundo en una eterna edad. Tiene la gran suerte de vivir bajo constante amenaza de muerte en 1944-1945 y en 1956 sin sufrir ningún daño, y puedo estar aquí para contarlo.

—Hay un obstáculo frente a su teoría, que es el de la fidelidad. La mujer madura de su novela por lo general es una mujer casada. Tal como usted plantea las relaciones no son conflictivas, pero en la vida real sí suelen serlo.

—La infidelidad es un tema muy serio en *Un millonario inocente*, que en este sentido constituye la segunda parte de *En brazos de la mujer madura*. Sólo en la primera parte; por tanto, se hablaría de infidelidad sin consecuencias dolorosas. Existen de ambos tipos. En la vida real he visto muchos casos de matrimonios que se han salvado gracias a la infidelidad de la mujer. Una de las cosas que ocurren en los matrimonios que no acaban de funcionar es que la mujer se siente herida por el hecho de que no lo pasa bien, y entonces toma represalias contra el marido. En tales casos, la infidelidad hace que la persona sea más tolerante dentro del matrimonio.

—Da la impresión de que este planteamiento funciona mientras no se hace explícito, mientras no hay que enfrentarse con la realidad.

—Por supuesto, los hombres son vanidosos y a la vez están obsesionados por su rendimiento. No pueden perdonar la infidelidad, porque nunca pueden librarse de la sospecha de que "el otro" era mejor. Los malos matrimonios necesitan mentiras. Pero no la inmediatez, pero citare de *Un millonario inocente*: "Si la hipocresía es el tributo que el vicio paga a la virtud, las mentiras matrimoniales son el tributo que la indiferencia paga al amor". Pero estamos hablando de malos matrimonios. Y, ciertamente, un buen matrimonio no se construye sobre la infidelidad.

—En su etapa canadiense usted fue amigo de Leonard Cohen, alguien que no parece demasiado próximo a su mundo.

—Fui amigos y vecinos cuando yo vivía en Montreal. Él tenía un amigo, Robert Hersthorn, hijo de un rico fabricante de ropa,

